

Fo 1
(072)
6



MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

MENSAJES PRONUNCIADOS

por el

Presidente de la Nación

Dr. RAUL ALFONSIN

y por la

Presidenta de la Comisión Nacional de Alfabetización Funcional
y Educación Permanente

Prof. NELIDA BAIGORRIA

En el Acto de Apertura de la Asamblea Mundial del Consejo
Internacional de Educación de Adultos: Desarrollo y Paz

Buenos Aires — República Argentina

1 9 8 5

072

| | |
|------------|--------------|
| BIBLIOTECA | |
| Entrada | 03 DIC. 1985 |
| Reservado | CA. AS. |
| Interiores | J.P. |

| | |
|-----|-------------|
| INV | 008104 |
| SIG | Foll 042 |
| LIB | 6 |

MENSAJES PRONUNCIADOS

por el

Presidente de la Nación

Dr. RAUL ALFONSIN

y por la

Presidenta de la Comisión Nacional de Alfabetización Funcional
y Educación Permanente

Prof. NELIDA BAIGORRIA

En el Acto de Apertura de la Asamblea Mundial del Consejo
Internacional de Educación de Adultos: Desarrollo y Paz

CENTRO
DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er. Piso - Buenos Aires - Rep. Argentina

| | |
|---------------|--------------|
| BIBLIOTECAS | |
| Entró | 03 DIC. 1985 |
| Clasificación | 100 AB. |
| Interviso | J.P. |

| | |
|-----|-------------|
| INV | 008104 |
| SIG | Foll 042 |
| LIB | 6 |

MENSAJES PRONUNCIADOS

por el

Presidente de la Nación

Dr. RAUL ALFONSIN

y por la

Presidenta de la Comisión Nacional de Alfabetización Funcional
y Educación Permanente

Prof. NELIDA BAIGORRIA

En el Acto de Apertura de la Asamblea Mundial del Consejo
Internacional de Educación de Adultos: Desarrollo y Paz

CENTRO
DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er. Piso - Buenos Aires - Rep. Argentina.

*DISCURSO DEL PRESIDENTE RAUL ALFONSIN
EN EL ACTO DE APERTURA DE LA ASAMBLEA
MUNDIAL DEL CONSEJO INTERNACIONAL
DE EDUCACION DE ADULTOS: DESARROLLO Y PAZ*

Nunca como ahora el pasado y el futuro estuvieron tan próximos entre sí. Esa cercanía a veces, pareciera que compromete la identidad del presente. Tenemos conciencia del pasado inmediato y también del pasado mediato, porque tenemos la memoria de una generación. Pero tenemos también conciencia de un futuro que ya no está en el horizonte sino que convive con nosotros y sin el cual no podemos resolver los problemas del presente. Es porque el futuro se instala ahora mismo en el planeta, mezclándose con nosotros, que algunos problemas no resueltos en el pasado inmediato se transforman en interrogantes dramáticos acerca de nuestra capacidad de construir una sociedad y un planeta distintos.

La espléndida convocatoria que aquí los reúne no podía escapar a la consideración de este dramatismo, que marca nuestra inclusión en el siglo veintiuno.

Así ocurrió en la primera y en la segunda asambleas mundiales de educación de adultos, celebradas en Tanzania en 1979 y en París en 1982.

La actual se celebra en un país que tiene una tradición educativa que los argentinos honramos, pero que fue olvidada durante años de autoritarismo o desidia. El analfabetismo fue combatido rigurosamente desde los cimientos de nuestra organización nacional con éxitos razonables. Si un siglo después te-

nemos el analfabetismo como un fenómeno recurrente, eso indica que la educación es una actividad que no admite pausas, en la que toda detención equivale a un retroceso, donde no existe un estadio intermedio en el cual las sumas y las restas se equilibren, los logros y los fracasos confluyan en un balance. Cada vez que dejamos de crecer con la educación, cada vez que cedemos en el esfuerzo, las plagas del analfabetismo reaparecen, los niveles de creatividad social disminuyen y desde luego, la democracia misma como sistema político comienza a ser acorralada.

Nuestro país ha encarado un PLAN NACIONAL DE ALFABETIZACION como primera respuesta al gravísimo problema del analfabetismo. Esta situación no incide solamente en el plano educacional, sino también en el plano económico y social. Pero por otro lado, el Plan es un mecanismo de efectivización y concreción, un proyecto político del gobierno, que apunta a la integración de todos los habitantes para lograr la Unidad Nacional.

La toma de conciencia de la importancia de la "educación para todos" habla en esencia de la participación democrática que el gobierno pretende.

Porque no educamos para tener una mano de obra adecuada a las exigencias de la producción. Educamos para eso y también para que ciudadanos capaces de discernir racionalmente, consoliden una Nación y recreen una Sociedad.

El lema "Hacia el siglo XXI sin analfabetos" compromete el honor nacional y el esfuerzo de todos los argentinos.

La metodología empleada no circunscribe el aprendizaje sólo de lectura, escritura y matemática, sino que incluye, además, conocimientos de temas que permiten el pleno desarrollo del hombre en libertad y que son de vital importancia para el adulto, tales como instrucción cívica, salud, vivienda, trabajo, cooperativismo, derechos humanos.

Los contenidos curriculares parten de la Constitución Nacional y están destinados a subrayar la significación de la vida en democracia.

La visión crítica de la propia realidad lograda a través de la consideración de los temas incluidos en las cartillas promueve el desarrollo del espíritu solidario.

Así, en más de dos mil centros que funcionan actualmente, frente a las carencias detectadas se emprenden acciones asistenciales y comunitarias no sólo para los alfabetizandos sino también para su grupo familiar, en suma toda una acción de promoción y participación social que es también parte de la labor educativa.

En una sociedad en la cual los signos cobran día a día una trascendencia mayor y cotidiana, la ignorancia de los códigos que permitan descifrarlos, abre paso a la marginalidad cultural.

Durante décadas hemos luchado para integrar la sociedad, para ofrecer oportunidades a todos, para convertir un sistema político oligárquico en un sistema político democrático para que ninguna barrera visible o invisible separe a los argentinos unos de otros.

La cuestión entonces no es sólo el analfabetismo sino la marginalidad social; no se trata sólo de *instruir* sino de *incluir* en la sociedad y en la democracia. La educación de adultos debe ser parte entonces de una estrategia global, parte de un proceso de educación permanente.

Nada impulsa tanto la necesidad de una educación permanente como estas mismas sociedades que parecen a veces existir en perpetua transición. En estas condiciones no es únicamente el medio adecuado para desterrar la marginalidad, para asegurar la vigencia de nuestras instituciones democráticas; es también el medio idóneo para recomponer la trama de la propia sociedad. Hace dos siglos, la primera revolución industrial transfor-

mó en el breve plazo de una o dos generaciones, millones de hombres rurales en hombres urbanos e industriales.

Ahora, cuando la crisis del empleo golpea a todas las sociedades, en particular a las sociedades del primer mundo, en las cuales la cara optimista y vibrante de la renovación científica y el cambio tecnológico se opaca con alarmantes índices de desocupación, debemos hacer de la educación del adulto, de la educación permanente, también un camino apto para la reconversión ocupacional. Será esa una creciente exigencia del desarrollo integral de nuestras sociedades y no solamente en sus aspectos productivos.

La ocupación productiva es una de las dimensiones que asume la dignidad del hombre contemporáneo.

Nadie tiene derecho a ignorar las exigencias del desarrollo. Pero tampoco nadie tiene derecho a subordinar los estilos de vida, las demandas de participación y las instituciones democráticas a un programa de desarrollo. Afirmemos el desarrollo y simultáneamente los valores que nos son tan fundamentales como queridos, aquellos que hacen a la libertad, que rescatan tanto el consenso como el disenso.

Una educación de adultos que consolide la democracia a través de la inclusión de ciudadanos cada vez más conscientes de sus derechos y obligaciones, que consolide formas sociales con predominio de la solidaridad y ofrezca herramientas prácticas para hacer del trabajo una posibilidad de cambio, un sendero de dignidad personal.

El futuro indica con transparencia que la educación en su conjunto no puede descuidar la calidad entre sus metas.

Calidad en la capacidad de razonamiento, calidad en los materiales utilizados, calidad en los resultados obtenidos. Nuestra condición periférica no debe impedir las consideraciones acerca de la calidad. Dejar al primer mundo el monopolio de la calidad, de la innovación, es tanto como condenar simultá-

neamente al resto de la humanidad al atraso más completo. Esto supone que los principios elementales de computación o de la biotecnología pueden ser asumidos como principios elementales de toda educación y en cualquier nivel.

Fuerza reconocer la novedad y la innovación, educar para mañana y no para ayer, en el marco de inalterables principios éticos. El progreso científico ya no asombra; el avance tecnológico es para las sociedades contemporáneas una rutina. No siempre se advierte que la novedad del conocimiento puede implicar la obsolescencia de otro; de donde resulta que la actualización y abandono de contenidos es tan permanente como la educación que se postula.

Conviene señalar que actualizar contenidos con metodología y técnicas didácticas no actualizadas es por lo menos un contrasentido.

Desgraciadamente para nosotros no tenemos cincuenta años de tiempo para resolver los problemas que se acumularon a lo largo de cincuenta años o más.

Tenemos que actuar rápido y bien, de modo que podamos afrontar y resolver tanto la herencia del pasado como los desafíos del futuro. Las soluciones eficaces a nuestro alcance se encuentran en la ruta de la participación democrática y la renovación pedagógica, en el uso correcto de la tecnología moderna y de los medios masivos de comunicación.

Algo se ha avanzado en nuestro país en esta dirección, pero seguramente a la experimentación debe seguir la reflexión y la crítica para que no se confunda la innovación necesaria con la improvisación gratuita.

Es hoy técnicamente posible que millones de personas reciban información, conocimientos, reflexiones, en el mismo momento; es técnicamente posible que la memoria científica sea también una memoria social, al alcance de todos.

Las posibilidades de participación son innumerables y constituye una verdadera responsabilidad social el uso adecuado de estos medios masivos.

Medios de comunicación novedosos, otra relación pedagógica, contenidos científicos y tecnológicos avanzados, puestos al alcance de toda la sociedad, aun de sus sectores más carenciados son una forma de acercarse al límite de la utopía.

Para nosotros es posible. Sólo necesitamos la voluntad de convertir los antiguos privilegios de pocos en el sueño realizado de muchos.

Buenos Aires, 25 de noviembre de 1985.

*Discurso de la Presidenta de la Comisión Nacional
de Alfabetización Funcional y Educación Permanente*

—Profesora Nélica Baigorria—

*en el Acto de Apertura de la Asamblea Mundial del Consejo
Internacional de Educación de Adultos: Desarrollo y Paz*

Los avances científicos de la humanidad, a través de la historia, fueron lentos, penosamente conquistados frente a los altos muros ideológicos o dogmáticos que se levantaban ante los afanes inquisidores de la mente humana.

El siglo XX nace aún con luz de gas, con barcos de vela impulsados sólo por la arbitrariedad de los vientos, con quirófanos sin asepsia, con universidades cerradas al paso de la mujer.

La Primera Guerra Mundial, que lo sacude, altera su perfil, la Segunda, la de 1939 artera y genocida lo transforma desde sus mismas esencias.

Es pues, en este siglo XX, al promediar su vida, cuando se produce la síntesis sorprendente que tardó milenios en consolidarse: la irrupción sin límites del pensamiento científico y su concreción en conquistas que más parecen ensoñaciones de la fantasía que datos de la realidad.

Es de este siglo la transición que lleva del avión que no conocieran tantos abuelos a los cohetes espaciales y a los paseos humanos en la ingravidez de lo extraatmosférico, esa transición que lleva de la cirugía rudimentaria a los fascinantes injertos. De los tímidos mensajes del sistema Morse, a la transmisión por satélites, a la informática, a la computación.

El hombre de hoy asiste pues al deslumbramiento de los secretos que, por el camino de la ciencia, su propio genio hurgó en una naturaleza por tantos siglos esquivada.

Sin embargo, dentro de esa faz brillante de nuestro momento histórico, ¿qué proporción de seres, qué sector de la humanidad tiene acceso a ese mundo del conocimiento con el cual transformar su propia vida y participar activamente en el desarrollo de la sociedad en la que vive?

¿Cuántos son los hombres que llegan, por la disciplina de la mente, al pensamiento abstracto lúcido y crítico, y cuántos en cambio, los marginados de toda actividad intelectual sistemática, cuántos los que sólo alcanzan rudimentos del saber y cuántos los que padecen esa humillante forma de ceguera llamada analfabetismo?

La respuesta se involucra en una brevísima ojeada retrospectiva.

Apagado el fuego de la Segunda Guerra, junto con el vertiginoso avance de la ciencia y la tecnología se inicia, asimismo, el duro y muchas veces sangriento proceso de la descolonización de pueblos sometidos por larguísimos tiempos a la férula de algunos poderosos imperios, cuyo dominio extendiase por Asia, por Africa, y bajo formas más sutiles también por América Latina.

Esos nuevos países liberados que hoy se expanden por tres continentes descubren las secuelas, los dolorosos estigmas de su largo padecimiento colonial: hambre, desnutrición, enfermedades y un analfabetismo tan global, tan abarcativo de toda la población, por generaciones enteras, que bien podría considerarse una patología atávica de sus culturas.

Señor Ministro, señoras y señores, el censo de 1980 arrojó que de los 4.400 millones de habitantes de la tierra, 814 millones son analfabetos absolutos, más del 18 % no saben leer ni escri-

bir, mientras que en el otro extremo sólo el 3 % de la humanidad, un minúsculo grupo privilegiado por la cuna o por el medio, llega a la educación superior.

Frente a esta realidad desgarradora, ¿se pueden emprender los grandes planes de desarrollo económico para poner la riqueza y el bienestar consecuentes al servicio de todos los hombres? ¿Se puede hablar de paz cuando la injusticia golpea tan impiadosamente que quebranta toda posibilidad de armonía interior?

Por eso estamos aquí, en esta Asamblea Mundial de Educación de Adultos para dar respuesta al desafío de nuestro tiempo.

Maestros, políticos, técnicos, especialistas, investigadores llegados desde las más próximas a las más lejanas regiones, trabajaremos sobre la base de nuestros estudios y experiencias respectivas para acordar estrategias que nos permitan luchar eficazmente contra el analfabetismo y nos faciliten, a su vez, el conocimiento e intercambio de nuevas metodologías, para insertar a todos los adultos en ese gran objetivo de la educación permanente.

El derecho de aprender es un derecho humano y así fue consagrado por aclamación en la Cuarta Conferencia Internacional sobre la Educación de Adultos convocada por UNESCO en París, en marzo de 1985.

Debemos romper los cánones tradicionales y luchar, sin tregua, contra los retardatarios de la pedagogía que siguen adscriptos a la tesis que el adulto es un niño y cierran el camino a las innovaciones educativas transformadoras que exigen las apremiantes demandas de nuestros días.

En todo lugar posible y donde el adulto carenciado esté, en la unión vecinal, en la fábrica, en el sindicato, en la iglesia, en un tinglado, bajo la sombra de un árbol protector, al amparo de un alto cerro, allí se levantará un centro donde la enseñanza-

aprendizaje se convierta en una verdadera comunión de espíritus y donde la participación popular ejemplifique, hasta qué extremos pueden ser solidarios los hombres cuando la meta es el bien común.

El otro frente contra el cual se deberá librar arduo combate es el que constituyen los retardatarios de la política, los elitistas, poseedores de todos los privilegios, que temen la educación emancipadora porque el conocimiento de sus derechos colocará al adulto en actitud militante para rescatarlos.

Nuestro país prostrado por años de dictaduras cerriles, al reintegrarse al sistema democrático con el que nació a la vida libre, retomó las banderas de la educación popular que nos vienen desde nuestro origen histórico.

El Plan Nacional de Alfabetización, que ya es una realidad en la República lo mismo que los trabajos para la educación permanente, es uno de los grandes logros que exhibiremos ante este Congreso, con humildad, pero con la certeza profunda que caminamos junto a los pueblos comprometidos con la educación como la gran palanca transformadora del destino humano.

En la Conferencia General de UNESCO realizada en Sofía el pasado mes de octubre, en la Comisión de Educación, se aprobó por unanimidad para ser llevado al plenario, solicitar a las Naciones Unidas que declare un Año Internacional de la Alfabetización. Argentina manifestó su apoyo irrestricto y señaló la necesidad de iniciar, por todos los medios de comunicación social, una gran campaña de concientización y sensibilización mundial a fin de presionar sobre la voluntad política de los Estados, para que el derecho de aprender sea prioridad absoluta en toda acción de gobierno.

La disyuntiva está planteada, el arcano del siglo XXI cuyos albores ya se avizoran, se devela, porque será un duelo sostenido entre la libertad interior, entre la autodeterminación que sólo se logra por el difícil pasaje axiológico del ser al deber ser y el

sojuzgamiento de los más a una minoría ilustrada, de altísima capacitación, que hará del conocimiento un arma de poder político.

El hombre de principios del siglo de luz de gas, que terminaba la educación básica, podía forjar críticamente su destino personal, era un agente activo de los cambios sociales y ocupaba cargos de relevancia, en ocasiones hasta proyectarse a los estratos de decisión. Por otra parte, el que no había completado su escolaridad podía ser, sin mengua, un excelente artesano, un comerciante próspero y hasta un obrero calificado.

Por el contrario en esta etapa revolucionaria del siglo XX, un hombre con educación básica inconclusa, el desertor, es un carenciado, un analfabeto funcional para el cual se reservan en el ámbito del trabajo los quehaceres menores.

Jamás tendrá posibilidades para su movilidad social, ni podrá mejorar nunca su calidad de vida.

La disyuntiva está pues correctamente planteada. La ciencia no se detendrá, las complejidades del saber serán cada día más profundas, el proceso gnoseológico será también más arduo; para entrar con ponderación en el juicio crítico, para aprehender y comprender será preciso aguzar en forma extrema la disciplina intelectual, la imaginación, la creatividad, quienes lo logren se transformarán en los amos del mundo, en tanto el analfabeto bajo las tradicionales o nuevas formas; funcionales-residuales y las que surjan como consecuencia de futuros bloques, formarán renovadas legiones de un nuevo estilo de esclavos, condenados, como dijo René Mateu, primer director de UNESCO, a padecer su historia en lugar de hacerla.

Un eminente cirujano argentino, el doctor René Favalaro, manifestó que vivimos la revolución de las neuronas. Nuestro deber, en el que debemos comprometernos como una cruzada, es luchar por la educación popular, si incorporamos al adulto al mundo del conocimiento científico, si cerramos la válvula a la deserción escolar, si abrimos las puertas hacia los ciclos supe-

riores de la educación, estaremos trabajando para la paz, para el progreso, para la fraternidad humana, avanzaremos hacia el inalcanzable objetivo de la perfección cuya conquista, por cierto quimérica, inviste, sin embargo, de tanta dignidad la vida humana.

Su Santidad Pablo VI, en su trascendental encíclica *Populorum Progressio*, buriló con maestría de orfebre una verdad evidente, que debería grabarse a fuego en la conciencia de todos los hombres con responsabilidad política: "El desarrollo de los pueblos es el nuevo nombre de la paz". Por lo tanto sin educación para todos, el progreso es una utopía.

Señoras y señores, el triunfo de la democracia en nuestro país ha hecho posible que Buenos Aires sea el escenario de esta Asamblea Mundial, los recibimos en actitud fraterna y deseamos que este encuentro entre el organismo consultivo de UNESCO y las diversas instituciones de la República, consume un nuevo y sostenido avance en esta empresa de cultura que nos convoca a todos con intensa fe.

Nuestros brazos están abiertos porque venimos de una vieja historia de amor y solidaridad con todos los hombres de la tierra.

El General San Martín, el gran fundador de la hora primera, dijo: "Nuestra causa es la causa del género humano".

Un siglo después, otro grande de la Patria, el Presidente Hipólito Yrigoyen, de cuyo ideario nos hemos nutrido quienes hoy tenemos el honor de gobernar, ordenó el retiro de la delegación argentina ante la Liga de las Naciones, cuando ésta discriminó derechos y excluyó a los países derrotados en la Primera Guerra Mundial. La nota al embajador Pueyrredón decía: "Los pueblos deben ser sagrados para los pueblos y los hombres para los hombres".

Con ese credo moral, con nuestra filosofía humanista que considera al hombre como el eje de la historia, entramos en esta renovada batalla por la educación de los adultos, única alternativa para alcanzar el desarrollo y fortalecer la paz.

Bienvenidos amigos y ¡Adelante! Muchas gracias.